



nológico de Barcelona, Josep Fornés, están acompañadas únicamente por algunos textos extraídos de los libros del escritor sobre la desaparecida villa fluvial, pero no cuentan con información sobre la historia que se esconde tras algunas de ellas. Y es una lástima.

En las fotografías de Moncada hay niños en las calles, cazadores, mineros con la cara tiznada y muchos abuelos. Apostando en el casino, sentados en el café Central («pasaba horas en los cafés, sacando historias; la mayor parte de la información de *Cami de sirga* salió de allí») o en el taller del guarnicionero («Joaquín Vidallet tenía organizada en su taller una guardería de yayos, iban a pasar la tarde y les hacía reír», explica Rosa María, que acompañó a su hermano en sus paseos fotográficos).

EL YAYO ANTONIET // El retrato de un anciano, sentado, tiene, claramente, algo especial. «Es nuestro abuelo, Antonio Moncada, el yayo Antoni, explica Rosa María. Su cayado tiene algo raro. «Dobló una rama de un árbol para que creciese así, injertada, y años después la cortó y pulió», añade. La creatividad en la familia Moncada venía de lejos, siguiendo por su padre, fotógrafo entusiasta de las mozas de Mequinensa, y culpable de la afición por la fotografía de Jesús. Un libro de la editorial zaragozana Prames recoge, por cierto, las fotografías de padre e hijo. En las imágenes, explica Rosa María Moncada, el escritor se centró en cambio mucho en la arquitectura, con objetivo testimonial. Pero incluso cuando retrataba piedras, había algo más, como dejó claro en su poema *Al que vingui a enderrocàr-la*. ≡

EL DEBUT DE UN POETA EN LA NARRATIVA

Memoria del pasado

El ibicenco Vicente Valero acude en 'Los extraños' a recuerdos propios y ajenos sobre cuatro peculiares miembros de su familia

ELENA HEVIA
BARCELONA

Libro de memorias, evocación familiar, mitografías microscópicas, novela atípica y rara, colección de relatos, eso es, todo a la vez, *Los extraños* (Periférica). Quien se deje arrastrar por las fanfarrias de la literatura corre el riesgo de dejar pasar esta voluntariamente pequeña delicatessen firmada por el poeta y ensayista Vicente Valero (Ibiza, 1963), en la que es su primera incursión, rebasados los 50, en la narrativa.

Los extraños del título están ligados a la propia biografía del autor, miembros díscolos de su familia a los que las circunstancias o la voluntad convirtieron en extraños. Son el abuelo, militar destinado en el Cabo Juby en el antiguo Sáhara español, donde conoció al creador de *El Principito*, Antoine de Saint Exupéry; el tío Alberto, ajedrecista exiliado que perfeccionó su arte en Buenos Aires; el tío abuelo gay Carlos Cervera que convertido en el *Chimto* fue bailarín de variedades en Barcelona y, por fin, el tío Ramón, comandante republicano, cuya tumba en el sur de Francia heredó el autor en el transcurso de la redacción de este libro. Todos ellos abandonaron el hogar para convertirse en los extraños del título. De los cuatro, Valero solo llegó a conocer personalmente al ajedrecista, que regresó a la isla para morir allí en los años 70.

El peso de la niñez

«La relación con los extraños de la familia es una fuente para la imaginación en la infancia, que es cuando tienes noticias de ellos —explica el escritor, que ha concebido su libro como homenaje a los recuerdos de su niñez—. En esa época quedaron idealizados pero también borrosos, porque apenas percibías flases y sombras de sus historias». A Valero esos relatos le llegaron a través de los relatos que circulaban en su familia con sus imprecisiones y sus exageraciones. «La única manera en la que el pasado puede ser devuelto a la realidad es convertido en literatura. Yo todavía no sé bien si esos recuerdos son realmente míos o adoptados por mí después de haber oído esas historias tantas veces».

El deseo de fuga —importante tratándose de una isla abocada a la búsqueda de otros horizontes en los tiempos preturísticos de principios del siglo XX— marca el destino de los cuatro personajes. «Deben alejarse de las familias por su condición de extraños y las familias también deben protegerse de ellos alejándolos, eso les obliga a convertirse en aventureros».



► El escritor Vicente Valero, la pasada semana, en Barcelona.

«Los extraños de la familia son una fuente para la imaginación en la infancia»

«La biografía es un arte ingenuo, en el que falsamente se cree que una vida se puede narrar»

Autor de biografías —en uno de sus ensayos exploró el desconocido periodo de los dos años que Walter Benjamin vivió en Ibiza—, aquella experiencia sirvió a Valero para descreer de la objetividad del género. «Me interesaba mostrar hasta qué punto toda biografía tiene mucho de ficción. Se trata de un arte ingenuo, en el que se cree falsamente que se puede narrar y describir realmente la vida de un individuo. Pero la vida de las personas es insondable».

Cultivador de una poesía emparentada con Juan Ramón Jiménez que poco tiene que ver con su narrativa, Valero ha llegado a este libro tras posponer un intento de escribir su propia historia. Aunque *Los extraños*, así lo reconoce, ha acabado siendo también una autobiografía esquinada. Su proyecto memorístico y «obsesivo» todavía sigue en pie. «Y no porque crea que mi vida sea interesante, sino por todo lo contrario, porque siento el deseo de reescribirla y devolverme aquellos momentos de vida». ≡

ideas

RICARD
Ruiz Garzón



Porrúa en GIGAMESH

Se ha escrito mucho estos días sobre el acontecimiento cultural que ha supuesto la inauguración, en la barcelonesa calle de Bailén, 8, de la nueva GIGAMESH. Se ha hablado de la librería, enorme, se ha hablado de su impulsor, Alejo Cuervo, se ha hablado del lienzo de Corominas, del Túnel del Tiempo y del lanzamiento, en unos días, de la plataforma digital Lektu, con su esperada oferta del libro electrónico *e-book* de *Juego de tronos*... Todo ello es cierto, y merece ser celebrado, pero ha provocado una injusticia: que la inauguración de su sala de actos, la Sala Paco Porrúa, haya pasado desapercibida.

No debería ser así: lejos de ser un homenaje protocolario, al bautizar así el epicentro de tanto despliegue bibliófilo Cuervo ha hecho una declaración de intenciones. Mencionado en numerosas ocasiones en su *Excégesis* —el libro promocional que GIGAMESH regaló durante la inauguración, y que volverá a regalar en Sant Jordi—, Porrúa es para Cuervo la persona que más ha influido en sus gustos y criterios literarios, hasta el punto de que, según se lee en el texto, la librería intentó llamarse Minotauro en sus inicios.

La sala de actos de la nueva librería homenajea a un modelo de editor

Fundador en 1955 de la editorial homónima, que arrancó con las *Crónicas marcianas* de Bradbury traducidas por él mismo, el hoy nonagenario Porrúa no es solo, como suele decirse, el padre de la ciencia ficción editada en España, ni el editor y primer traductor de *El señor de los anillos*, ni el descubridor de *Rayuela* y *Cien años de soledad*, y con ello uno de los mitos del boom. Francisco Porrúa es, sencillamente, uno de los mejores editores que ha habido nunca en lengua española. Y si lo es, si Cuervo lo cita como referente, si merece esa sala y mucho más, es sobre todo porque se trata de un modelo: el del editor al que solo mueve la calidad sin prejuicios. El libro. El vocacional.

De Bradbury a Martin, del maestro al discípulo, del señor al guerrillero, el vínculo Porrúa-Cuervo consagrado en la nueva GIGAMESH es un rayo de esperanza para la edición en tiempos del marketing.

Ojeen la *Excégesis*, con su tramo final en pro de la *mid-list* y el libro de fondo, y entenderán por qué. Y visiten esa sala, por favor, y háganlo con orgullo de lectores. Libres. Vocacionales. A Porrúa, siempre humilde, le bastará desde casa para sonreír. ≡